NOTAS Y TEXTOS

A PROPÓSITO DE UN LIBRO ⁽¹⁾

1. El autor no quiere descubrir un tomismo nuevo, ni siquiera exponer la conocida síntesis filosófica de Santo Tomás, sino sólo investigar el método que guió al Santo Doctor en su trabajo científico. Aunque toda la filosofía digna de este nombre tiene un mismo objeto, que es llegar por la razón a los últimos porqués de todas las cosas, sin embargo es un hecho que no todos los filósofos han llegado a los mismo resultados.

La razón es, entre otras, porque no todos han seguido el mismo método o camino, de donde se sigue que unos ponen de relieve cosas que otros no han tenido ocasión de ver. Y como la diversidad en los caminos elegidos para filosofar depende de la educación del filósofo, de su espíritu, de sus principios y del modo de usarlos, el P. Rimaud, para darnos a conocer el método tomista, nos expondrá cuál fué la educación del Santo, su espíritu, sus principios y su modo de usarlos, concluyendo finalmente diciendo algo sobre la utilidad del filosofar.

2. Santo Tomás no se retiró a la soledad de su mente para sacar únicamente de ella su filosofía. Tuvo la dicha de encontrar un maestro de vistas geniales en Alberto Magno, y un libro apropiado a su índole cual ninguno en las obras de Aristóteles; tuvo también una sólida educación piadosa, pero careció de un maestro insigne que hiciese de él un humanista en literatura. Por lo dicho podremos adivinar que su filosofía será aristotélica y rebosante de piedad, pero carecerá

(1) RIMAUD, JEAN, S. J., *Thomisme et Méthode*. Que devrait être un discours de la méthode pour avoir le droit de se dire thomiste. (xxxvi-276)-4.^o-1925. Precio: 28 fr. Gabriel Beauchesne, Éditeur. Paris, rue de Rennes, 117.

de los atractivos literarios, que harían su obra más accesible y más clara (I-43).

3. Su actitud ante la tradición es la de un innovador decidido y valiente, aunque respetuoso y nada sedicioso. Defendió con tesón las tesis características del Estagirita, sin que le arredrasen los abusos que algunos hacían del Filósofo, ni la letra de las constituciones de su orden, que aparentemente vedaban dedicarse de lleno a los filósofos gentiles. Claro es que en todo esto se dirigió por la sabia dirección de sus superiores; pero no por eso se muestra menos su amor a la verdad y al progreso genuino, en cuya defensa creía defender la causa del mismo Dios. Fué además moderno para su tiempo, porque no estudiaba a Aristóteles para quedarse en él, sino para enmendarlo, continuarlo y ampliarlo, hasta forzarle a responder a los nuevos problemas que suscitaba el cristianismo, y a las preocupaciones de sus contemporáneos como se echa de ver en la controversia averroísta. Su gran innovación no consistió principalmente en descubrir tesis nuevas, ni tampoco en inventar un nuevo método de exposición, sino en haber sistematizado bajo un aspecto nuevo la teología, haciendo que fuese una ciencia estrictamente tal, la sabiduría en el concepto aristotélico, la teología propiamente dicha, y no una cristología, como era antes. También innovó en el carácter intelectualista y especulativo que le supo imprimir, dándole a este carácter preferencia sobre el espíritu místico y práctico que reinaba en otras escuelas. Mas su espíritu innovador no despreciaba la tradición. Si no se resignó a recibir pasivamente la filosofía de su tiempo, tampoco la quiso desechar en bloque; antes aprovechando los elementos útiles que en ella encontró, los incorporó a la filosofía de Aristóteles, que le parecía mejor *que el agustinismo*, aunque sin caer en el error de creer que la fe dependía del aristotelismo por él vivificado (57-102).

4. Su espíritu innovador, tradicional, piadoso e intelectualista le hizo concebir la filosofía, la ciencia, la sabiduría o la metafísica (todo es uno para Santo Tomás), como el conocimiento cierto, crítico o racional, necesario, sistemático y puramente especulativo de las razones últimas de las cosas. Y como la razón última de todas las cosas es Dios, y todas las demás cosas son criaturas suyas, de aquí es que para Santo Tomás la filosofía es el conocimiento cierto, crítico y necesario de Dios, y del orden que Dios tiene en su mente y ha puesto en el universo. Dios, pues, es el objeto principal de la filosofía. Mas no mira a

Dios solamente como un elemento explicativo del universo, a la manera de Aristóteles, sino también como el ejemplar que es glorificado en las criaturas, como el término de todas nuestras aspiraciones y como el juez de nuestra moralidad. Esta manera de concebir a Dios es enteramente agustiniana y cristiana, no aristotélica, así como la forma de este conocimiento es más bien aristotélica que tradicional. Por donde se ve, una vez más, que partiendo de Aristóteles, no se queda en él, sino que lo corrige y lo prolonga con aportaciones patristicas y tradicionales (106-144).

Visto ya el método tomista en sus antecedentes de educación, actitud y espíritu, vengamos ya a examinarlo en sí mismo. Investigar el método tomista no es investigar su lógica ni su teoría del conocimiento, sino que es más bien investigar las reglas que observa al filosofar, para hacerlo *recte et facilliter*. Veamos primero ciertas reglas que *en alguna manera* pudiéramos llamar de invención.

La filosofía es ciencia, sabiduría y metafísica; y según estos diversos respectos necesita guiarse por determinadas reglas, que Santo Tomás observó fidelísimamente.

5. La filosofía es *ciencia*, y por tanto obra de la razón discursiva, que nos lleva a un conocimiento cierto por medio de demostraciones rigurosas. Demostración es un raciocinio necesario, que se apoya últimamente en principios primeros y evidentes por sí mismos. Por tanto, la única regla que se impone es una crítica rigurosa del raciocinio, de los principios y de las definiciones de términos que entran en los principios. Santo Tomás admite esta crítica sin disimulos y sin temor. Mas esta crítica no la hace partiendo de la duda metódica, universal y seria, como lo hace Descartes, ni poniendo en contingencia el valor de la inteligencia, o de la razón, como lo hace Kant, sino por medio de la reflexión. Santo Tomás pone ante los ojos de su mente las definiciones y los juicios primeros, los compara con el objeto y no queda satisfecho hasta cerciorarse que no cede a prejuicios o a evidencias puramente subjetivas, sino a la violencia que el objeto mismo hace al entendimiento para forzarle a consentir. Además de la reflexión practica constantemente la duda metódica, y si se quiere, también la universal, pero no en el sentido de Descartes. Para Descartes, la duda metódica universal es una duda seria, y la emplea como procedimiento para hallar las certezas perdidas. Para Santo Tomás, la duda no es seria, ni la emplea para hallar certezas que no ha perdido, sino para cualificar sus

certezas; en infinitos casos en que duda, por ejemplo, *utrum in Deo sit voluntas, utrum Deus velit alia a se*, etc., etc., ya sabe con certeza las respuestas por la fe o por alguna razón vulgar, y lo único que pretende es transformar esa certeza vulgar o de fe en certeza rigurosamente científica. Y aquí podemos observar el carácter intelectualista de Santo Tomás. No desdeña el raciocinio, antes lo hace muy finamente, como el que más; pero de tal manera lo hace, que no parece raciocinar, sino contemplar las conclusiones en los principios. No mira el discurso como fin, ni se deleita en el acrobatismo de raciocinios prolongados; sino que probada brevemente la tesis, vuelve los ojos a los principios y hace ver en ellos las conclusiones, más bien como explicando sus términos y haciendo ver su fecundidad, que como quien raciocina (149-174).

6. La filosofía es también *sabiduría*, y por consiguiente, es conocimiento de los últimos porqués de todas las cosas, y conforme a ellos juzgar de todo. Esta fué la constante preocupación de Santo Tomás: ¿Cuáles son los últimos constitutivos del ser que explican su esencia y su obrar? ¿Cuál es la última causa eficiente, ejemplar y final? Y esa preocupación es la que da a la filosofía tomista un carácter teológico, que continuamente nos lleva de las criaturas al criador, para hacernos bajar otra vez del criador a las criaturas, para conocerlas mejor. Bajo este respecto dos son las reglas que guían a Santo Tomás en su filosofar. La primera es hacer una rigurosa crítica de la marcha que se hace al subir de los efectos a las causas, y al bajar de las causas a los efectos. La segunda es no afirmar de las causas sino únicamente aquello que nos fuercen a decir de ellas sus efectos; regla facilísima de enunciar, y difícilísima de observar, aunque hay que añadir: y tan fielmente observada por Santo Tomás (176-177).

7. La filosofía es también *metafísica*, o sea ciencia de lo real puramente inteligible. Bajo este respecto, el método tomista abraza las reglas siguientes: 1.^a El estudio de la metafísica no se ha de comenzar sino después de haber adquirido suficientes conocimientos del mundo y del alma por medio de la experiencia y con el auxilio de las ciencias inferiores. Porque la metafísica es la ciencia de lo real; y si no hay bastante conocimiento de la realidad, hay peligro de levantar grandiosos edificios metafísicos, que serán pura fabricación del entendimiento. 2.^a Se ha de vencer el embeleso y la seducción de las imágenes sensibles, para no revestir al inteligible puro con las propiedades ex-

clusivas de lo sensible, y se ha de prescindir del estrépito de los grandes nombres y autoridades, para penetrar la verdad por el camino de la inteligencia y de la crítica. 3.^a Se ha de tener modestia intelectual, que reconociendo la flaqueza del entendimiento humano frente a algunos problemas, no exija siempre conocimientos intuitivos, certezas *a priori*, o argumentos estrictamente demostrativos. 4.^a A la modestia intelectual hay que añadir la valentía moral, para defender intrépidamente lo que se ha visto ser verdad, sin celarlo por temor a perder ascensos, aplausos y gracias personales. 5.^a Se ha de ejercitar una rigurosa mortificación; mortificación de la carne, sobre todo de lo que aun de lejos huele a lascivia; mortificación de la propensión al tráfico y negocios de la vida activa, y mortificación del practicismo, que en todos los conocimientos busca ante todo los provechos que podrán prestar a la vida real. 6.^a Se ha de tener humildad, porque Dios, que es el supremo inteligible puro buscado en la metafísica, no se comunica al soberbio, sino al humilde (183-139).

8. Estos tres grupos de reglas son los que contiene el tomismo en orden a la invención. Veamos ya las normas que observa para hacer la síntesis o construcción del cuerpo doctrinal propio suyo. Se pueden reducir al aristotelismo, a la simplicidad, a la confianza en la razón y a la unidad: 1.^a Aristotelismo. Santo Tomás ha partido de Aristóteles, mas no se ha quedado en Aristóteles, sino que lo ha comentado, criticado, corregido, continuado y sobrepujado. Al comentarlo, ha profundizado su pensamiento; al criticarlo, ha puesto de relieve lo bueno y lo ha expurgado de sus errores; al continuarlo, le ha obligado a responder a cuestiones que el Estagirita no se había propuesto y a dar conveniente solución a los problemas propios del tiempo de Santo Tomás; al sobrepujarlo, le ha hecho fiel servidor de la teología, en orden a sistematizarla convenientemente, a dar explicación plausible de ciertos dogmas y a perfilar ciertos conceptos y teorías poco en consonancia con ella. 2.^a La simplicidad se echa de ver en que usa de muy pocos principios, y éstos manifiestos; de ellos parte y a ellos vuelve continuamente. 3.^a La seguridad en la razón la manifiesta en que admite resueltamente todas las conclusiones derivadas de los principios, sin temor a los alborotos de los que ven menos o a la extrañeza que pudieran causar en los más y sin preocuparse a veces del modo como tales conclusiones se armonizan con otras verdades ciertas; aunque él no conociese la armonía, sabía con certeza que ésta

existe, pues una verdad nunca puede ser contraria a otra verdad. 4.^a La unidad del sistema hay que buscarla en su grandiosa simplicidad, que con pocos principios, pero fecundos, es capaz de asimilarse todas las conquistas nuevas de la inteligencia. Se engañaría el que quisiera hacer consistir la unidad en que santo Tomás trató todas las cuestiones posibles o en que las cuestiones tratadas por él están tan exhaustivamente tratadas, que es imposible tratarlas más profundamente o hallar nuevas teorías probables para armonizar las verdades ya conocidas. También se engañaría el que creyese que la unidad de su sistema consiste en la metafísica del ser o en una ascensión lógica que, subiendo del sensible hasta las causas supremas, encerrase en línea recta todas las verdades tratadas por él. Se ha de buscar más bien en la fecundidad de los principios poco numerosos, de que usó, y en el empeño constante de reducir a ellos todas las conclusiones (139-209).

9. Vistas las fatigas y sacrificios que impone el filosofar, se hará alguien la pregunta: ¿para qué sirve el filosofar?

Ciertamente que no sirve para fomentar el progreso material; éste está encomendado a las ciencias positivas y a las artes. Tampoco es un medio necesario para salvarse. Aristóteles hacía de la filosofía o sabiduría o metafísica el fin último del hombre; en ella consiste la felicidad; el goce que ella proporciona es por sí apetecible y a él se ha de ordenar toda la actividad humana. ¡Qué desesperación para los que no tienen tiempo, gusto o aptitud para filosofar!, todos ellos están excluidos de último fin. Santo Tomás enseña que no hay ocupación puramente natural más digna del hombre que el filosofar, y que, en igualdad de circunstancias, vale más el que es filósofo que el que no lo es. Pero sabe que el hombre está destinado a un fin sobrenatural, que es un conocimiento más noble que el crítico y racional de las últimas razones de las cosas; éste es la visión beatífica, y para obtener este fin la filosofía no puede ser un medio necesario.

Pues entonces, ¿para qué sirve filosofar? Sirve como medio útil para obtenerlo. Es un medio excelente para exponer y justificar nuestra fe, y para demostrar que las dificultades opuestas por la razón son meros sofismas y para sistematizar la doctrina revelada según un orden lógico y deductivo, que no es precisamente el orden histórico en que tuvo lugar la revelación; por último, el trabajo rudo de filosofar, tomado como conviene, nos puede servir como un ascésis para llegar a la purificación, a la iluminación y a la unión con Dios, gracias a las priva-

ciones mortificativas que impone, al conocimiento humilde de nuestro poco saber, al recogimiento y silencio en donde se comunica Dios, y al agradecimiento del que conoce que nuestro saber nos viene de Dios (229-245).

10. Este es el panegírico que el autor hace del método tomista. El autor es tomista de dirección rígida, y por eso nos dice que defiende las 24 tesis (242). Es, además, un tomista convencido y converso. Su conversión al tomismo la cuenta así (245): «El haber penetrado el pensamiento de Santo Tomás en la medida en que lo hemos podido obtener, no se ha debido al estudio de sus principios, ni a la revisión de sus deducciones ni a un esfuerzo de la inteligencia convencida por el trabajo de la razón. Largo tiempo habíamos estudiado la metafísica tomista, permaneciendo, sin embargo, extraños a ella, hasta que en los años de la guerra durante un invierno, ante la presencia de la muerte, sentimos el valor religioso de la misma.» Es, pues, un tomista converso por motivos religiosos. A pesar de esto prefiere inspirarse en la filosofía tomista y repensarla por sí, más bien que repetirla como un símbolo (214), y por eso no teme hacer algunas reservas y algunas críticas.

a) Cree que «Santo Tomás tenía para con la experiencia un desdén práctico, reflexivo y pretendido» (215). De aquí deduce que «no hay dificultad en que un tomista sea al mismo tiempo un buen psicólogo o un buen físico; pero eso no lo será por ser tomista, antes, para hablar con franqueza, lo será a pesar de ser tomista» (216). Esta misma causa explica por qué en Santo Tomás no se hallan exposiciones y explicaciones de los hechos místicos, ni una apologética práctica, que apoyada en la experiencia, lleve el convencimiento hasta el corazón, ni una pedagogía práctica que excite el interés por los problemas. Por lo que hace a la mística, «no solamente sería pueril querer encontrar a toda costa en el Santo las descripciones de Santa Teresa, la psicología de San Francisco de Sales, la doctrina mística de San Juan de la Cruz, sino que, además, hay que añadir que en esta materia no tiene la autoridad de San Bernardo ni la de San Juan de la Cruz» (217). «Si hay una doctrina tomista de la vida espiritual, no hay arte tomista de la dirección de las almas» (218).

b) Además, Santo Tomás no ha sentido el gusto ni la necesidad de profundizar históricamente la mente de los filósofos que critica, fuera de Aristóteles y Dionisio, lo cual es condenarse a deformarlos,

por tenerlos que juzgar desde fuera (219). «No vemos que haya hecho jamás esfuerzos por comprender a Platón (32), y a San Agustín lo ha forzado violentamente a decir en cuestiones filosóficas lo mismo que el Filósofo» (133).

c) Finalmente, le parece que Santo Tomás no ha sabido librarse de la confusión aristotélica entre el conocimiento de la naturaleza, a partir de su actividad, y el conocimiento de las esencias en el singular; y a esta confusión se debe la incertidumbre que reina en la doctrina tomista acerca de la inducción (220).

II. No pocos han respondido ya a estas críticas que el P. Rimaud hace del método tomista. Es verdad que no hay que buscar en Santo Tomás lo que él no quiso o no supo darnos; no busquemos, pues, en él la mística, la psicología experimental, la cosmología moderna. Pero de aquí no se puede deducir que con el método tomista, perfeccionado en la misma dirección que señaló Santo Tomás, no se puede ser un buen psicólogo, un buen cosmólogo, un buen especulador de la mística, o que el que lo sea, lo será a pesar del método tomista. Los principios tomistas bastan para explicar los hechos y las leyes que descubran la ciencia, y, sin violencia alguna, se pueden incorporar al sistema tomista las nuevas conquistas intelectuales, como uno de tantos artículos intercalados entre los demás de una de sus cuestiones, o como una cuestión más entre las otras cuestiones que él trató. El sistema tomista, en lo esencial, es como una biblioteca holgada y bien ordenada, en la cual se pueden colocar las obras que se vayan adquiriendo, sin necesidad de derribar para ello las paredes, o destruir los estantes y plúteos ya construídos.

J. M. HELLÍN